

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

Editado

Número 572

TERCER MILENIO

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos
Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

SAN MARTÍN de Porres -el cielo en una escoba-

A la llegada de los conquistadores de América, existía ya en el Perú una civilización muy adelantada. El país estaba habitado por Chimues, Quichuas y Hancas que formaban el imperio Inca. Los españoles se interesaron por esta tierra al advertir su riqueza. Riqueza en plata y oro. Es así como se constituyó el poderoso virreinato del Perú. Lima, la capital, era en el siglo XVI una ciudad poderosa desde el punto de vista comercial, donde se podía encontrar el oro del Alto Perú o Bolivia y las refinadas telas y artesanías de España. Aunque estaba en los remotos límites del mundo entonces conocido por los europeos, Lima era una ciudad de creciente importancia llamada en ese entonces "la perla del Pacífico" y también "Ciudad de los reyes", aunque en rigor este último nombre se le puso porque fue fundada en las vísperas de la festividad de la epifanía, que recuerda la visita de los "Reyes magos".

Numerosos hidalgos españoles, con muchos títulos pero poco dinero venían a estas tierras americanas a ganar méritos para la corona, pero sobre todo para llenarse de oro y plata, minerales que abundaban en las nuevas latitudes. Algunos de ellos al llegar a las tierras de Indias, descubiertas por Cristóbal Colón, tuvieron suerte en los negocios y fundaron verdaderos imperios.

Uno de estos se llamó Juan de Porres, y provenía de Burgos, España. Tenía un título de nobleza relacionado con la orden de Caballería de Alcántara.

En Panamá Juan conoció a la mulata Ana Velázquez, hija de un español y una negra, pero no se casaron y por más que tuvieron dos hijos, vivían en casas separadas.

El primer hijo nació un 9 de diciembre de 1579, tenía facciones suaves y de tez marcadamente negra. El padre, al ver que era negro sintió rechazo, se ma-



nifestó muy molesto y no lo reconoció. Martín cargó con la "culpa" de ser hijo natural.

Más tarde nacería Juana, que si bien

era mulata tenía rasgos más europeos.

Juan de Porres se dirigió a Ecuador por cuestiones de negocios. No le preocupó dejar sola a Ana con sus dos hijos y en la pobreza. Pero la madre se afianzó mucho en Dios y les transmitió el mensaje cristiano con sencillez pero de manera profunda.

Estando en Guayaquil, Juan de Porres tomó contacto con un tío que allí residía, Don Diego de Miranda, y gracias a su influencia recapacitó, reconoció a sus hijos y se preocupó para que tuviesen una educación digna. Los mandó a buscar y se los llevó con él a Guayaquil.

Pasaron cuatro años de formación hasta que en 1590 Juan de Porres fue nombrado gobernador de Panamá y decidió emprender un viaje hacia Lima, en compañía de Martín. De lo primero que se preocupó fue de

que Martín se confirme y -¡lo que son los caminos de Dios!- el obispo que confirmó a Martín se llamaba Toribio de Mogrovejo, que años más tarde confirmaría también a una niña llamada Rosa de Lima, futura Santa Rosa.

En la casa materna, Martín se empleó como barbero, oficio que no consistía sólo en cortar el pelo o afeitar, sino que era una especie de dentista y médico a la vez. Martín era todo ojos y oídos para aprender a la perfección tan importante oficio. Varias horas de la noche las ocupaba en rezar. Se cuenta que una vecina a la cual con frecuencia Martín le pedía velas, estaba intrigada.

-*Qué hará este negrito con tantas velas?*, se preguntaba la doña; hasta que un día, muerta de curiosidad, lo espío por la cerradura y ¡vaya sorpresa!, encontró a Martín transfigurado ante la imagen de

Jesús crucificado. Al otro día todo el pueblo se enteró.

Martín crecía día a día en virtud, y es así como resolvió entrar en el convento. Se acercó con su madre a las puertas de los dominicos, muy conocidos en la ciudad, y pidió hablar con el superior.

Ignoraba seguramente que en los estatutos del Capítulo provincial excluían la admisión de indios, mestizos, mulatos y negros para que fuesen religiosos de coro o legos o conversos. Se los consideraba de una raza inferior. Sólo podían ser admitidos como “donados”, que eran prácticamente los siervos del convento.

Martín ingresó entonces como “donado”, de todos modos él no deseaba más. A los dieciséis años fue admitido a tomar los hábitos: una túnica blanca, el escapulario negro, el cinturón y un largo rosario colgando del cuello. Al día siguiente de vestir el hábito se le asignó la humilde tarea de limpiar la casa con la escoba, acto que llevó a todos a llamarlo “Fray escoba”.

En el proceso de beatificación, Fray Francisco Velasco rememora su caso personal. Cuando era novicio fue afectado por ataques de fiebre, tanto que fue desahuciado y le fueron administrados los últimos sacramentos.

A la noche empezó a transpirar y empapó toda la ro-

pa de la cama. En un momento miró hacia la puerta y vio aparecer a Martín con una sonrisa y llevando una vela y una camisa. Llegado hasta su lecho lo levantó, lo sentó en un sillón y lo cobijó con una frazada, dio vuelta el colchón y le cambió la camisa. El enfermo no pudo explicarse cómo Fray Martín había logrado entrar en el noviciado, cuyas puertas estaban cerradas y las llaves estaban en manos del maestro. No pudo más y le preguntó:

- *Hermano Martín, ¿cómo has entrado?*

- *Cállate chiquito, no seas preguntón* - le contestó, mientras lo tomaba en brazos para sacarle la camisa y colocarle la nueva.

Sin embargo el novicio le volvió a preguntar:

- *Fray Martín, ¿voy a morir de esta enfermedad?*

Y el enfermero a su vez le preguntó:

- *¿Tú quieres morir?* La respuesta fue un rotundo no.

- *Pues bien, no morirás de ésta*, añadió Martín.

Las curaciones que se cuenta que hizo Fray Martín durante su vida son tan numerosas como prodigiosas. En este arte de curar también comprometió a su hermana Juana, que transformó su casa prácticamente en un hospital. Pero el amor que tenía Martín por los enfermos también lo transportaba a los animales y es así como se transformó en un admirable veterinario.

Continuará

Testimonio de un milagro

Mensajes a Catalina sobre la Santa Misa 2

Este es el testimonio que debo y quiero dar al mundo entero, para mayor Gloria de Dios y para la salvación de todo aquel que quiera abrir su corazón al Señor. Para que muchas almas consagradas a Dios reaviven el fuego del amor a Cristo, unas que son dueñas de las manos que tienen el poder de traerlo a la tierra para que sea nuestro alimento (sacerdotes), las otras, para que pierdan la “costumbre rutinaria” de recibirlo (fieles) y revivan el asombro del encuentro cotidiano con el amor. Para que mis hermanos y hermanas laicos del mundo entero vivan el mayor de los Milagros con el corazón: la celebración de la Santa Eucaristía.

(Durante la Misa)

Era día de Fiesta y debía recitarse el Gloria. Me dijo nuestra Señora: -“*Glorifica y bendice con todo tu amor a la Santísima Trinidad reconociéndote como criatura suya*”.

¡Qué distinto fue aquel Gloria! De pronto me veía en un lugar lejano, lleno de luz ante la Presencia Majestuosa del Trono de Dios, y con cuánto amor fui agradeciendo al repetir: *Por*

tu inmensa Gloria Te alabamos, Te bendecimos, Te adoramos, Te glorificamos, Te damos gracias, Señor, Dios Rey celestial, Dios Padre Todopoderoso y evocé el rostro paternal del Padre lleno de bondad... Señor, Hijo único Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, Tú que quitas el pecado del mundo... Jesús estaba delante de mí, con ese rostro lleno de ternura y Misericordia... sólo Tú Señor, sólo Tú, Altísimo Jesucristo, con el Espíritu Santo... Dios del Amor hermoso, Aquel que en ese momento

estremecía todo mi ser. Y pedí: “Señor, libérame de todo espíritu malo, mi corazón te pertenece, Señor mío. Envíame tu paz para conseguir el mejor provecho de esta Eucaristía y que mi vida dé sus mejores frutos. Espíritu Santo de Dios, transfórmame, actúa en mí, guíame ¡Oh Dios, dame los dones que necesito para servirte mejor...!”

Llegó el momento de las lecturas y la Virgen me hizo repetir: “*Señor, hoy quiero escuchar Tu Palabra y producir fruto abundante. Que Tu Santo Espíritu limpie el terreno de mi corazón, para que Tu Palabra crezca y se desarrolle; purifica mi corazón para que esté bien dispuesto*”

Luego me dijo: “*Quiero que estés atenta a las lecturas... Recuerda que la Biblia dice que la Palabra de Dios no vuelve sin haber dado fruto. Si tú estás atenta, va a quedar algo en ti de todo lo que escuches. Debes tratar de recordar todo el día esas*



Palabras que dejaron huella en ti. Serán dos frases unas veces, luego será la lectura del Evangelio entera; tal vez sólo una palabra, meditar el resto del día, y eso hará carne en ti porque esa es la forma de transformar la vida: haciendo que la Palabra de Dios lo transforme a uno”.

“Y ahora, dile al Señor que estás aquí para escuchar lo que quieres que Él diga hoy a tu corazón”.

Nuevamente agradecí a Dios por darme la oportunidad de escuchar Su Palabra y le pedí perdón por haber tenido el corazón tan duro por tantos años de haber enseñado a mis hermanos que debían ir a Misa los domingos porque así lo mandaba la Iglesia; no por amor ni por necesidad de llenarse de Dios... Yo, que había asistido a tantas Eucaristías por compromiso... y con ello creía estar salvada. De vivirla, ¡ni soñar!, de poner atención en las lecturas y la homilía del sacerdote, ¡menos! ¡Cuánto dolor sentí por tantos años de pérdida inútil, por mi ignorancia! ¡Cuánta superficialidad en las Misas a las que asistimos porque es una boda, una Misa de difunto o porque tenemos que hacernos ver con la sociedad! ¡Cuánta ignorancia sobre nuestra Iglesia y sobre los Sacramentos! ¡Cuánto desperdicio en querer instruirnos y culturizarnos en las cosas del mundo, que en un momento pueden desaparecer sin quedarnos nada, y que al final de la vida no nos sirven ni para alargar un minuto a nuestra existencia! Y sin embargo, de aquello que va a ganarnos un poco del cielo en la tierra y luego la vida eterna, no sabemos nada; y nos llamamos hombres y mujeres cultos...!

Un momento después llegó el Ofertorio y la Santísima Virgen dijo *“Reza así: (y yo la seguía) Señor, te ofrezco todo lo que soy, lo que tengo, lo que puedo, todo lo pongo en Tus manos. Edifica Tú, Señor con lo poco que soy. Por los méritos de Tu Hijo, transfórmame, Dios Altísimo. Te pido por mi familia, por mis bienhechores, por cada miembro de nuestro Apostolado, por todas las personas que nos combaten, por aquellos que se encomiendan a mis pobres oraciones... Años después leí un librito de oraciones de un Santo al que quiero mucho: José María Escrivá de Balaguer y allá pude encontrar una oración parecida a la que me enseñaba la Virgen. Tal vez este Santo a quien me encomiendo, agradaba a la Virgen Santísima con aquellas oraciones.*

De pronto empezaron a ponerse de pie unas figuras que no había visto antes. Era como si del lado de cada persona que estaba en la Catedral, saliera otra persona y aquello se llenó de unos personajes jóvenes, hermosos. Iban vestidos con túnicas muy blancas y fueron saliendo hasta el pasillo central dirigiéndose hacia el Altar.

Dijo nuestra Madre: *“Observa, son los Ángeles de la Guarda de cada una de las personas que está aquí. Es el momento en que su Ángel de la Guarda lleva sus ofrendas y peticiones ante el Altar del Señor”.*

En aquel momento, estaba completamente asombrada, porque esos seres tenían rostros tan hermo-

sos, tan radiantes como no puede uno imaginarse. Lucían unos rostros muy bellos, casi femeninos, sin embargo la complexión de su cuerpo, sus manos, su estatura era de hombre. Los pies desnudos no pisaban el suelo, sino que iban como deslizándose, como resbalando. Aquella procesión era muy hermosa.

Algunos de ellos tenían como una fuente de oro con algo que brillaba mucho con una luz blanca-dorada, dijo la Virgen: *“Son los Ángeles de la Guarda de las personas que están ofreciendo esta Santa Misa por muchas intenciones: aquellas personas que están conscientes de lo que significa esta celebración, aquellas que tienen algo que ofrecer al Señor...”*

Continuará

NOTA
63

KEMPIS

Imitación de Cristo

La “Imitación de Cristo”, de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.

Causas de las tentaciones en las almas

12. Algunos no caminan con pura intención en mi presencia; inducidos por cierta secreta curiosidad y arrogancia, pretenden descubrir mis secretos y penetrar los misterios insondables de Dios, no cuidando de sí mismos ni de su salvación.

13. Estos tales, al serles Yo contrario, incurren muchas veces en graves tentaciones y pecados en castigo de su orgullo y vana curiosidad. Teme tú los juicios de Dios, siente terror de la ira del Omnipotente.

14. No trates de discutir o indagar las obras del Altísimo, antes examina tus maldades, en cuántas cosas has pecado y cuántas obras buenas has dejado de hacer por indolencia.

15. Algunos hacen consistir toda su devoción en sus libros; otros en el culto de ciertas imágenes; otros en manifestaciones y ceremonias exteriores. Algunos me traen ciertamente en los labios, mas pocos en el corazón.

16. Los hay que, iluminados en su inteligencia y purificados en el corazón, anhelan continuamente los bienes eternos y con disgusto oyen hablar de las cosas terrenas, y no sin repugnancia satisfacen las exigencias que lleva consigo la naturaleza.

17. Estos sienten lo que el Espíritu de Verdad les habla al corazón; porque les enseña a despreciar lo terreno y amar lo celestial; a olvidarse del mundo y suspirar noche y día por el Cielo.

Continuará

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

Visite el

"SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"

Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Pcia. de Bs. As.

Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y
de 14:00 a 16:00 hs

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuاريو.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuاريو.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

74 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

1. Amor afectivo de Dios:

Amar a Dios desde lo más profundo de nuestro corazón: tal es la esencia misma del Evangelio. Es ese el fin de nuestra vida. Tal amor no es necesariamente sensible, aunque puede serlo y mucho. Dos formas puede revestir el amor afectivo de Dios. La primera es la del amor puro y desinteresado, llamado amor de complacencia, en que el alma no ama a Dios por los beneficios recibidos sino simple y únicamente por agradarle a Él, a quien contempla lleno de todas las perfecciones y excelencias imaginables. Este tipo de amor produce en el alma un gran gozo, una inmensa paz, ya que *"el alma está allí donde ama, más que allí donde vive"* (San Alberto Magno).

Es el amor que ha inspirado este soneto atribuido a Santa Teresa:

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el Cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el Infierno, tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.*

*Muévenme, en fin, tu amor de tal manera
que aunque no hubiera Cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera Infierno, te temiera.*



*No me tienes que dar porque te quiera,
porque aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.*

Las órdenes religiosas contemplativas: los trapenses, benedictinos, clarisas, salesas, carmelitas, cartujos, etc., nos recuerdan con su mudo y elocuente testimonio la primacía y excelencia del puro amor a Dios. *"No tengo grandes deseos, fuera del de amar a Dios hasta morir de amor"* (Santa Teresita del Niño Jesús, carmelita). *"¿Quieres saber de nuestra vida? Pues amar a Dios y darle gloria en todo momento"* (Sor Gertrudis de Nuestra Señora de Luján, primera monja benedictina argentina). Es el mismo amor que llevó a San Francisco de Asís a exclamar: *"que muera por amor de tu amor; ya que por amor de mi amor te dignaste morir"*. La otra forma de amor afectivo a Dios es la que nos lleva a alabar a Dios y a desear que todos lo alaben: es el llamado *amor de benevolencia*. Como a Dios en sí no le falta ningún bien, por la *"incomprensible inmensidad de su abundancia"* (San Francisco de Sales), nadie puede desearle ningún bien intrínseco, aunque sí el bien extrínseco, que consiste en la gloria que le deben los hombres. Y quienes aman a Dios con amor de benevolencia, experimentan tal deseo con gran ardor. Nuestro Señor tuvo esta forma de amar en grado sumo. Nadie como Él pudo pronunciar con tanta verdad esta frase de la Escritura: *"El celo de tu casa me consume"* (San Juan 2, 17).

Continuará